



«Las personas mayores»

Recordamos hoy a tantos mayores que nos dejaron debido a la pandemia. Para los que siguen con nosotros han sido dos años muy duros, en los cuáles se han ido cónyuges, amigos, familiares, ... y han visto disminuida su propia salud, por la enfermedad o bien como consecuencia del aislamiento y las medidas preventivas. En muchos casos la soledad ha tenido una sombra más alargada. También el sentimiento de “no contar”, de que nuevamente otros decidían por ellos, como era habitual ya antes del confinamiento.

Son muchos los tópicos y lugares comunes en torno a las personas mayores. Normalmente asociados a la decadencia, a la limitación, a la mirada al pasado, a la sabiduría, a la dependencia... Pero las ideas que como sociedad compartimos sobre ellos deben evolucionar, al mismo tiempo que lo hace la realidad de estas personas. Nuestra vida se prolonga y, con ella, nuestra capacidad de seguir participando y siendo.

La vejez no es sólo, ni principalmente, un periodo que aboca a las personas a ser meras receptoras de atenciones y servicios. Tendemos a olvidar que las personas, TODAS, hasta incluso después del último aliento, somos sujetos de derechos. De TODOS los derechos. Por supuesto que tenemos derecho a recibir, cuando las necesitemos, las atenciones necesarias para tener una vida digna. Por supuesto que tenemos derecho a recibir una atención sanitaria en las mismas condiciones que cualquier otra persona. Pero, además, también tenemos derecho a decidir, en cualquier edad, sobre nuestra vida. Tenemos derecho a decidir dónde, cómo y con quién vivir. Tenemos derecho a participar, siempre, en nuestro entorno familiar, político, social y cultural.

Poner a la PERSONA en el centro, a todas las personas, también a las de más edad, con sus necesidades y derechos, es una expresión de progreso, civilización y auténtica conciencia cristiana. Es necesaria una atención sociosanitaria personalizada. Toda persona mayor es diferente a otra; no se puede pasar por alto la singularidad de cada historia: su biografía, su entorno de vida, sus relaciones presentes y pasadas. Para identificar nuevas perspectivas de vivienda y cuidado, es necesario partir de



una cuidadosa consideración de la persona, de su historia y de sus necesidades. Es necesaria una verdadera cultura del cuidado.

Por ello, queremos que nuestra sociedad no se deje llevar por una “cultura del descarte”, que puede manifestarse en pereza y en falta de creatividad para buscar soluciones eficaces cuando la vejez también significa falta de autonomía.

Pedimos a las distintas administraciones que legislen para crear las mejores condiciones para que los mayores puedan vivir en un ambiente familiar, con sus amistades habituales. ¿Quién no querría seguir viviendo en su propia casa, rodeado de sus seres queridos, incluso cuando se vuelve frágil? La familia, el hogar, el propio entorno representan la elección más natural para cualquiera. Se necesitan soluciones que hagan realizable el cuidado en el domicilio, con una intervención organizada a diferentes niveles, que sume a la atención asistencial en el propio hogar algunos servicios externos. Todo ello para evitar la institucionalización de toda persona, independientemente de su edad y condición socioeconómica.

También les decimos que es necesario y urgente diseñar políticas públicas y estrategias de intervención desde un enfoque basado en derechos, en el que se potencie el empoderamiento de las personas mayores, se cuente con su opinión y se abandone el enfoque asistencial y proteccionista de las políticas dirigidas a ellas.

Proponemos al gobierno y los partidos políticos la elaboración de una Ley integral para los derechos de la gente mayor, en cuyo marco se pueda rediseñar los Servicios de Atención en Domicilio, y configurar, a su lado, un conjunto de servicios integrados que proporcionen atención primaria, teleasistencia, soporte a las familias, centros de día, el desarrollo de la asistencia personal y la participación del voluntariado y otras iniciativas.

Hoy queremos gritar a la sociedad que aprender a “honrar” a las personas mayores es crucial para el futuro de nuestras sociedades. Nos necesitamos todos hermanos. Los cimientos de la vida están en la memoria; y este reconocimiento se expresa en el respeto, en la acogida, el cuidado y la valoración de las cualidades de nuestros mayores, en un



diálogo intergeneracional: ¡Ayudemos a nuestros jóvenes a valorar a las personas mayores, a que dediquen parte de su tiempo a acompañarlas, a escuchar sus historias llenas de sabiduría!

Y digámonos todos: ¡Demos esperanza a los mayores! Dar esperanza significa implicarnos en sus vidas, estando a su lado; que no haya soledad. Hacen falta ángeles, personas que se comprometan para estar presentes y cuidar y proteger cuando sea necesario. Ángeles que hagan efectivo el: “Yo estoy contigo todos los días”. Ninguna persona se retira de la vida, siempre podemos custodiar las raíces, transmitir la fe a los jóvenes y cuidar de los pequeños. No nos retiramos de la vida, siempre transmitimos, siempre es hora de ser uno mismo y uno nuevo. Todos somos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas.